

MIQUEL MOLINA

Génova

A principios del XIX, desde las habitaciones superiores del Hotel de Ville de Génova se podían ver con claridad los barcos amarrados en el puerto. Un día, el poeta Lord Byron atisbó desde una de aquellas ventanas los restos abandonados del velero en el que meses antes había naufragado su amigo Percy B. Shelley, de nombre *Don Juan*. Y dedicó al fallecido unas palabras de homenaje.

El Hotel de Ville sigue hoy abierto. De hecho, fue remodelado en 2017. Pero si el huésped se asoma a la ventana, lo que verá es una autopista elevada que trincha la otrora elegante Via di Sottoripa. Por encima de los coches asoman los mástiles de un barco falso: es la réplica de un galeón construida en 1986 para el rodaje de *Piratas*, de Roman Polanski.

Pero hay otros parajes en la costa ligure y en la propia Génova donde se puede evocar muy bien la accidentada etapa italiana de los dos poetas y de la esposa de Shelley, Mary, la autora de *Frankenstein o el moderno Prometeo*. También puede visitarse la playa donde se ofició el funeral de Percy, sin duda uno de los pasajes más siniestros de la historia de la literatura.

El libro *Memorias de los últimos días de Byron y Shelley*, de E. J. Trelawny, que acaba de editar Alba Minus, es un buen compañero para este viaje literario.

Trelawny conoció a sus admirados Shelley y Byron en enero de 1822, meses antes de la muerte del primero, mientras estos vivían con intensidad su autoexilio italiano. Luego acompañaría a Byron en su misión suicida para liberar Grecia. Este audaz y atractivo trotamundos no era un personaje de fiar. Exageraba, mentía, enredaba: se enamoró de Mary Shelley, aunque no está claro si fue correspondido.

Pero de aquellos meses intensos nos dejó un relato no por truculento menos brillante. Truculento sí que era, porque fue él quien hizo correr el bulo de que el barco de Shelley había sucumbido al ataque

¿REPOSO ETERNO?

Los restos de Shelley están divididos entre dos cementerios, dos bibliotecas y un museo

LA AUTORA DE 'FRANKENSTEIN'

En Génova está la casa donde editó los poemas de su marido dejando de lado su propia obra

de una embarcación pirata, probablemente porque tenía mala conciencia por no haberle acompañado y auxiliado en el fatídico viaje final.

Shelley, que era un experimentado marino, pero de agua dulce, partió de Livorno a las 3 de la tarde del 8 de julio de 1822. En el *Don Juan*, un inestable velero recién botado, viajaban con él su amigo Edward Williams (marido de Jane Williams, la mujer a la que el poeta dedicaba aquellos días sus más encendidos versos) y el joven grumete Charles Vivian, natural de Cornwall.

Se dirigían hacia el norte, al Golfo de La Spezia. En una modesta ca-



MIQUEL MOLINA

Viaje a los últimos días del poeta Shelley



La playa final. El cuerpo de Shelley fue devuelto por el mar días después en la playa de Viareggio, en la Toscana

El refugio de Mary. Mary Shelley se instaló en Villa Negrotto, en Génova, tras el naufragio de Percy B. Shelley

El destino jamás alcanzado. En la casita gris con arcos de la foto, Villa Magni, esperó Mary la llegada de Shelley



MIQUEL MOLINA



MIQUEL MOLINA

sa blanca situada frente al mar, en el pueblo de San Terenzo, municipio de Leirici, les esperaban Jane y Mary Shelley. La casa aún está en pie, sólo que entre el mar y ella también se ha interpuesto una calle que arruina la postal idílica de aquellos atardeceres románticos descritos por los poetas. Una lápida apenas legible, cuya autoría se atribuye a Trelawny, reza que “en esta terraza, que un día estuvo protegida por la sombra de un roble, en julio de

1822, Mary Shelley y Jane Williams esperaron, con llores ansiosos, el retorno de Percy Bysshe Shelley, quien, a bordo de una frágil embarcación que había zarpado de Livorno...”

El mar devolvió los cuerpos una semana después en diferentes puntos de la costa de Viareggio, a medio camino entre Livorno y Lerici. El del grumete Vivian fue enterrado sin ningún honor. Su desgracia merecería tal vez un artículo aparte:

murió por el capricho romántico de un Shelley que mantenía una relación malsana con el mar y que flirteaba con la muerte. Zarpó a aquella hora con un cielo que presagiaba tempestad fue una imprudencia. Recuerda Trelawny que el poeta ya estuvo a punto de morir ahogado meses antes.

Anota también que en una ocasión le había pedido una dosis de ácido prúsico, el veneno de los románticos: “No hace falta que te diga que no tengo intención de suicidarme por ahora, pero confieso que me resultaría muy tranquilizador tener a mano esa llave de oro que abre la puerta de la cámara del perpetuo descanso”.

El cuerpo de Shelley lo encontraron en la playa de Viareggio. Estaba irreconocible, troceado y con la cara probablemente devorada por los peces. El funeral que dispuso el propio Trelawny no fue apto para almas sensibles. El relato que hizo este testigo, igual que otras versiones que fueron publicándose (como *The Last Days of Percy B. Shelley: New Details from Unpublished Documents*, de Guido Biagi, 1898), desmienten la imagen almibarada que ha pasado a la historia en el pincel de Louis Edouard Fournier. Destaca en ese cuadro, por absurdo, el cadáver intacto de Shelley.

En cumplimiento de la normativa sanitaria, el poeta fue incinerado en plena playa. Antes de proceder, Byron pidió a Trelawny que le dejara conservar el cráneo de su amigo. Le respondieron que ni hablar: todos recordaban cómo el autor de *Don Juan*, de joven, invitaba a los huéspedes en su residencia de Newstead a beber vino vertido en la calavera de un monje desenterrado de un cementerio cercano. Nadie quería ver el cráneo privilegiado de Shelley reconvertido en cristalería de domingo.

Como el cuerpo no ardía como esperaban, Trelawny vertió sobre él “más vino del que el poeta había consumido durante toda su vida”. El resultado fue que el cadáver acabó partiéndose, dejando el corazón al descubierto. Hay una teoría reciente que sostiene que la víscera se conservó intacta porque se había

calcificado por un proceso tuberculoso que había padecido el poeta. Y otra que dice que no fue el corazón, sino el hígado, el botín que se llevó Trelawny.

El caso es que éste entregó el corazón al crítico y poeta Leigh Hunt, otro expatriado, quién se tomó su tiempo antes de dárselo a la viuda Mary porque al parecer le reprochaba ésta no haber querido lo suficiente a su marido.

El corazón (o lo que fuera aque-

que sumarle el Cementerio Protestante de Roma (cenizas); la British Library (cenizas); la casa-museo de Shelley y Keats en Roma (fragmentos del cráneo) y la New York Public Library (más trozos de cráneo).

Hoy, la playa de Viareggio es un formidable arenal flanqueado por una sucesión infinita de restaurantes y casas de baños. Se supone que el lugar exacto donde quemaron con vino y aceite el cuerpo de Shelley está tierra adentro, muy cerca de la estatua que recuerda al poeta y junto al bar que lleva su nombre, en el que sonaba a todo trapo son cubano el día en que este periodista entró a tomarse un café.

Después de aquellos días luctuosos, Mary Shelley y el corazón de su marido se trasladaron hasta una elegante casa en el barrio genovés de Albaro, a diez minutos de la mansión que ocupó Byron. Albaro es un regalo para cualquier aficionado o aficionada al turismo literario. La majestuosidad de las casas y la calma que desprende permiten abstraerse e imaginar cómo transcurrió el exilio genovés de estos románticos irreductibles.

A Mary la recordamos encerrada en su casa –ahora en manos privadas– más dedicada a la titánica tarea de editar la obra de su marido que a proseguir su propia carrera literaria. Se cree que, de no haber sido por ella, Percy Shelley sería hoy un poeta olvidado. Pero por una suerte de justicia histórica y reparadora, hoy se lee más a Mary (gracias a su *Frankenstein*), que a Percy o a Byron. De éste último atraen más su leyenda y su aura vampírica que su ampulosa y sobrecargada voz poética.

Percy B. Shelley sigue siendo un poeta admirado y citado. Cuando encontraron los restos del *Don Juan* y los llevaron hasta el puerto de Génova, se halló en un bolsillo de su abrigo un librito con poemas de su amigo Keats. Hay que recordar que, sólo un año antes, Percy había dedicado a éste su elegíaco *Adonais*.

Siglo y medio después, en un concierto de los Rolling Stones en Hyde Park, Mick Jagger leyó unos versos de *Adonais* en homenaje a su colega Brian Jones, que también había fallecido de muy romántica manera (apareció ahogado en su piscina) unos días antes:

“¡Silencio! No estás muerto, no está dormido, / se ha despertado del sueño de la vida”.



EL LUGAR FATÍDICO

Un velero sloop navega frente a la playa de Viareggio, donde naufragó el *Don Juan* de Shelley. Una circunstancia curiosa es que, según alguna fuente, Percy y Mary habían rebautizado días antes la nave como *Ariel* sin que Byron lo supiera



MIQUEL MOLINA

R

EL REPORTAJE

La playa italiana de Viareggio acogió uno de los funerales más siniestros de la literatura. Un libro evoca aquellos días

llo) lo guardaría toda su vida Mary Shelley envuelto en unos poemas de John Keats. Desde 1889, cuando murió el hijo de Mary y Percy, la víscera está enterrada en Saint Peter Churchyard, en la localidad inglesa de Bournemouth.

El corazón forma parte de la diáspora que sufrieron los restos del autor de *Adonais*. Trelawny, unos cuantos coleccionistas y la casa de subastas Sotheby's pusieron de su parte para que el cuerpo esté hoy repartido por medio mundo. Al camposanto de Bournemouth hay